

**Lama Zopa Norbu**

Profesor  
**Roque Enrique Severino**

**El Corazón de la Bondad**

**3º Edición en español  
ampliada y corregida**

IBSN978-85-911708-0-7

**San Pablo – Brasil**

**Edición del Autor 2016**



Buda dijo:

“La victoria engendra el odio, porque el vencido sufre.  
Aquél que vive en paz es feliz, pues no sueña con victoria ni  
derrota.

Es por la benevolencia que se debe vencer la cólera.

Es por el bien que se debe vencer el mal.

Se debe vencer al avaro por la liberalidad.

Y al mentiroso por la verdad”.

"Nosotros hablamos demasiado, amamos raramente, odiamos frecuentemente.

Nosotros bebemos demasiado, gastamos sin criterio.

Conducimos demasiado rápido. Si nos quedamos despiertos hasta muy tarde, nos despertamos cansados.

Leemos muy poco, vemos demasiada televisión, perdemos demasiado tiempo en relaciones virtuales y raramente buscamos a Dios.

Multiplicamos nuestros bienes, pero reducimos nuestros valores.

Aprendemos a sobrevivir, pero no a vivir; añadimos años a nuestra vida y no vida a nuestros años.

Fuimos y volvemos a la luna, pero tenemos dificultad en cruzar la calle y encontrar un nuevo vecino.

Conquistamos el espacio, pero no el nuestro.

Hacemos muchas cosas mayores, pero poquísimas mejores.

Limpiamos el aire, pero contaminamos el alma. Dominamos el átomo, pero no nuestro prejuicio.

Escribimos más, pero aprendemos menos; planeamos más, pero realizamos menos.

Aprendemos a apresurarnos, y no a esperar.

Construimos más computadores para almacenar más información, producir más copias que nunca, pero nos comunicamos cada vez menos.

Estamos en la era del 'fast-food' y de la digestión lenta; del hombre grande, de carácter pequeño; logros acentuados y relaciones vacías.

Esta es la era de varios empleos, varios divorcios, casas sofisticadas y hogares despedazados.

Esta es la era de los viajes rápidos, pañales y moral descartables, del sexo casual y apresurado, de los cerebros huecos y de las píldoras "mágicas".

Un atesoramiento de muchas cosas en el escaparate y muy poco en la despensa.

Encuentra tiempo para que puedas compartir con las personas que amas, pues ellas no estarán aquí para siempre.

Encuentra tiempo para dar un abrazo cariñoso a tus padres, a un amigo, pues no te cuesta un centavo siquiera. Dice "yo te amo" a tu compañera (o), y a las personas que amas; pero, en primer lugar, ámate a ti mismo.

Un beso y un abrazo curan el dolor, cuando vienen desde adentro. Por eso, valora a tu familia, a tus amores, a tus amigos, a la persona que amas, y a aquéllas que están siempre a tu lado".

**Jorge Carlim (1937-2008).**

Índice

Prefacio

Antes del Inicio

El Inicio

Dos historias semejantes: Simeón y Asita

Las pruebas

El discipulado

La cruz

La importancia del Maestro en la superación de los obstáculos  
en la vida del discípulo

Compasión

Hipocresía espiritual

La práctica transformadora

Amor y compasión

Cómo entrenar la compasión

Para ver la verdad, usted tiene que ser ciego al mundo

¡El Saulo que está en nosotros debe despertarse!

Invocando la presencia del espíritu

## Prefacio

Desde la aparición de Jesús, el Cristo, miles de discípulos que fueron inspirados por su luz y compasión realizaron en sí mismos y por su propio esfuerzo, el ideal de vida y de meditación, transformándose en las antorchas que iluminaron los caminos de los peregrinos.

Ellos estudiaban y meditaban constantemente en silencio en las afueras de las ciudades, en el desierto, en las catacumbas, lejos de los ojos de los seres humanos que estaban inmersos en la lucha cotidiana por la sobrevivencia.

En los inicios del cristianismo, existían muchas corrientes que discutían si Jesús podría ser o no considerado hombre, divino, o ambos; sin embargo, en esta obra discutir si Jesús era Dios o humano no tiene importancia, ya que cuando estudiamos y ponemos en práctica sus enseñanzas, la transformación de nuestro espíritu es evidente y verdadera.

Podemos pensar que él, siendo la encarnación de Dios, vino a mostrarnos el Camino de cómo liberarnos de todas las amarras internas y externas que nos impiden vivir plenamente en su luz y en su amor.

Sin embargo, ya desde el inicio del cristianismo, siempre estuvo presente en su seno una dualidad perniciosa que marcó el desarrollo de toda su larga historia.

Esta dualidad comienza a ser sentida desde el momento en que fueron celebrados los concilios y donde infelizmente, pensamientos prejuiciosos y racistas comenzaron a contaminar todas las discusiones, llevando a los “eruditos” a interpretar las enseñanzas del Maestro, a la luz de su propia ignorancia e imponer su fe mediante el uso de la espada.

Ya con el advenimiento de la Reforma Protestante, iniciada por M. Lutero, en el siglo XVI, la utilización del pensamiento discursivo vino a crear un enorme cisma en el seno de la Iglesia romana.

Inicialmente M. Lutero no tuvo la pretensión de dividir al pueblo cristiano, pero debido a la proporción que sus 95 tesis adquirieron, este hecho fue ineludible. Para que todos tuvieran acceso a las escrituras que, hasta entonces, se encontraban solamente en latín, él tradujo la Biblia al idioma alemán, permitiendo a todos, un conocimiento que durante mucho tiempo fue guardado solamente por la Iglesia.

Durante la Edad Media la Iglesia Católica tuvo su época de mayor protagonismo y poder, tanto político como económico. De hecho, podemos decir que la Iglesia Católica tuvo influencia en todos los órdenes de la vida de la Edad Media, y ningún sector de la sociedad se mantuvo ajeno a dichas influencias. La vida cotidiana en la Edad Media, y la forma de pensar de nobles y campesinos estaba muy influenciada por los principios y creencias de la Iglesia Cristiana. Como consecuencia de esto, las acciones de la gente se hallaban estrechamente ligadas a las normas religiosas.

La Iglesia era asimismo el centro de la vida intelectual. Desde este rol preeminente, posibilitó el afianzamiento de una particular interpretación del mundo, diseñado y ordenado según los designios de Dios. Se cristalizó así una mentalidad medieval, basada en preceptos religiosos que perduró durante siglos. Debemos recordar que la Edad Media (especialmente la Alta y Baja Edad Media), se enmarcó en un sistema feudal de producción, con Señores feudales que recibían la tenencia de tierras, incluyendo a los campesinos dependientes (siervos). Dentro de la larga jerarquía de la Iglesia, en las más altas esferas, encontramos a los que llamaremos "Señores eclesiásticos". Ellos serían los Obispos (quienes ejercían su poder desde las catedrales de las ciudades), y los Abades (quienes lo ejercían desde los monasterios en áreas rurales). Los Obispos y Abades eran (al igual que los nobles laicos) poseedores de feudos, cuyas tierras eran habitadas por campesinos dependientes, con la

obligación de pagar tributos. Dado que ambos grupos, los Señores laicos y los eclesiásticos, funcionaban como un grupo explotador de los campesinos, se puede afirmar que conformaban una misma clase social. Ellos representaban dentro de la sociedad feudal al sector privilegiado, y muchas veces, pertenecían a las mismas familias.

Pero más allá de la riqueza que implicaba la posesión de estos feudos, la Iglesia tuvo otra importante fuente de bienes. Se acapararon importantes cantidades de propiedades, pertenecientes a campesinos y Señores, por medio de las donaciones.

En las prédicas que se realizaban en los oficios religiosos, se difundía el temor al infierno después de la muerte. Según las creencias de los eclesiásticos, para evitar este destino al alma del difunto, éste debía hacer el bien en vida. Una de las formas de purificarse era donando propiedades a los monasterios o catedrales. Eso ayudaría a que los sacerdotes rezaran por la buena ventura del alma y su llegada al paraíso. Estas creencias tuvieron una difusión y un arraigo muy fuerte entre todas las clases sociales durante la Edad Media. Como consecuencia, grandes cantidades de tierras y bienes fueron transferidos a la Iglesia. Debido a esta injerencia en todos los aspectos de la vida social, la burguesía comercial, en plena expansión, estaba cada vez más inconforme, pues los clérigos católicos condenaban el trabajo para acumular lucro.

El logro y los intereses, típicos de un capitalismo emergente, eran vistos como prácticas condenables por los religiosos. Por otro lado, el Papa recaudaba dinero para la construcción de la basílica de San Pedro en Roma, con la venta de las indulgencias (venta del perdón).

En el campo político, los reyes estaban descontentos con el Papa, pues éste interfería mucho en los asuntos que eran propios de la realeza. Y, por último, el nuevo pensamiento

renacentista también hacía oposición a los preceptos de la Iglesia.

El hombre renacentista comenzaba a leer más y a formarse una opinión cada vez más crítica. Trabajadores urbanos, con más acceso a los libros, comenzaron a discutir y a pensar sobre las cosas del mundo. Un pensamiento basado en la Ciencia y en la búsqueda de la verdad, a través de experiencias y de la razón. Sin embargo, aunque este tipo de pensamiento nos ofrezca seguridad intelectual, es un punto por demás crítico, ya que cuando nos fiamos de nuestras convicciones meramente intelectuales, o experiencias meramente sensoriales, adjudicándoles un valor incuestionable; pasamos a despreciar cualquier experiencia mística que la fría razón no puede comprender.

Al mismo tiempo en que toda esta lucha entre los poderes terrenos y las visiones particulares de sus protagonistas se estaba desarrollando, los místicos eran obligados a refugiarse en el anonimato. Sin embargo, ellos son los únicos que realmente pudieron tener acceso a una verdadera experiencia transformadora. Son los místicos quienes vivencian el amor y la compasión de Jesús, mientras los eruditos se quedan divagando verbalmente con palabras bonitas y floridas sobre el significado de las Escrituras; y mantienen en sus corazones desprecio y odio, por aquéllos que no comparten su modo de pensar. Sí hubiera Maestros que nos enseñaran cómo vivenciar plenamente a Jesús en nuestro ser, en nuestro día a día, los obstáculos presentados cada minuto por el materialismo consumista (el cual es una de las causas de la depresión en la que el hombre moderno está inmerso), serían radicalmente eliminados de la mente de los seres. Cómo diría la Madre Teresa de Calcuta: “Hoy se aprecia más la honra que el amor, la competencia más que la serenidad, la arrogancia más que la cooperación”.

En relación a mi persona, nací en un hogar católico y durante toda mi infancia estudié en una escuela católica. Sin embargo, gracias a un Padre jesuita, encontré la sabiduría de Buda y el estudio de esa filosofía, desde mis trece años, me llevó hasta los Maestros del Oriente y Asia, en quienes encontré las respuestas que necesitaba, experimentando en la meditación la mística budista que es enseñada en los Himalayas.

Antes de abrazar las enseñanzas de Buda, siempre estuve rodeado de sacerdotes católicos, quienes se dividían en dos alas: Los que habían abandonado la Iglesia por no encontrar en ella las respuestas a sus anhelos más profundos, y aquellos que acomodados en las parroquias no tenían ningún problema en aliarse con la dictadura fascista, y en el nombre de Dios mandar a matar a sus propios hermanos.

Hoy, después de cuarenta y tres años entrenando en la mística budista, decidí escribir estas palabras para ofrecer al lector una idea, o quizá, una explicación un poco diferente, más humana, y menos dogmática sobre estos temas.

Mi intención es colaborar; no atacar, ni destruir. No creo que algún ser humano pueda tener la verdad absoluta, ya que la propia condición humana es fallida en sí; entonces no puede albergar el absoluto.

Mi idea es dar una esperanza a aquéllos que, siendo cristianos, no quieren quedarse bajo el yugo de algún dogma. Tantos alumnos míos me argumentan: “Yo soy cristiano, sin embargo, no sigo a ninguna Iglesia”, “Creo en Jesús, sin embargo, no en la Iglesia”.

No presento una secuencia cronológica, ni quiero presentar una tesis de doctorado. Quiero simplemente, contarles lo que yo entiendo de las enseñanzas de Jesús, desde la óptica de las enseñanzas de Buda. No quiero convertir a nadie. Aspiro sí a que muchos de los que hoy están perdidos y angustiados, que no encuentran un camino o una luz, usen estas palabras para que

vuelvan, o a ser cristianos, o escojan su camino espiritual; y para que se acuerden, como dice Jean –Yves Leloup en su libro “La Montaña En el Océano” ( Ed. Voces, 2002 ): “Buda y Cristo no pertenecen únicamente a las comunidades que reclaman sus nombres y sus experiencias, sino a todos los hombres de buena voluntad, atentos al secreto que habita las profundidades de su espíritu y de su conciencia”.

Lo más importante en este momento de extrema oscuridad, es que los hombres de buena voluntad no se queden desamparados.

### ***Antes del Inicio***

***“En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio junto a Dios. Todo fue hecho por él, y sin él nada fue hecho. En él había la vida, y la vida era la luz de los hombres”, Evangelio de San Juan.***

Intentemos desasirnos de la visión antropomórfica, y tomemos la palabra Dios como un principio creador que escapa a nuestra pequeña y mediocre comprensión. Pensemos sobre lo que Pitágoras y los primeros sabios del Occidente nos hablaban sobre la “armonía de las esferas”. Ellos muestran a los ojos de los místicos que, cada esfera por más minúscula que sea, y hasta los planetas suspensos en el espacio, hasta los que se mueven en un ritmo específico; crean una vibración o sonido particular. Cuando San Juan nos dice: “En el principio era el verbo”, ¿qué es lo que nosotros entendemos por eso? ¿Podemos aceptar que, en el principio, antes de toda la creación, existía entonces un “sonido primordial” y que los universos pasaron a existir en unión con este sonido? Llevando este pensamiento hasta la esfera humana, cuando el feto está siendo generado dentro de la madre, ¿cuáles son los elementos que más influyen a este

embrión? Lo son el pensamiento y sentimiento de la madre, el sonido que ella emite y el sonido que él escucha venidos de su entorno. Por este motivo ahora se está procurando tanto que el padre hable con el niño desde los primeros meses de la gestación, para que el recién nacido reconozca a su padre en el primer minuto de su vida. Por el sonido, el "caos primitivo" se ordenó, se sistematizó en los mundos que conocemos. El sonido, en el mundo físico, afecta nuestros latidos cardíacos, nuestros sentimientos, nuestras acciones. ¿Cuándo usted escucha una palabra dirigida a un tercero, ésta lo afecta de la misma forma que cuando es dirigida a usted? ¿El pensar, direccionar el pensamiento a un objeto determinado y el acto de hablar, o el acto de emitir un sonido determinado que contenga en sí un sentimiento, no están mostrándonos algo divino en todo esto? En el principio era el verbo, sin embargo, antes, él estaba en la mente del Divino Pensador, y se expresa por la palabra o el verbo.

Reza un dicho antiguo: "La energía sigue al pensamiento, ella es dirigida por los ojos y se manifiesta por las palabras".

Reflexionemos sobre eso. Siempre iniciamos nuestras actividades en el pensar, sin embargo, para que el pensar exista es necesario que éste sea asociado a las imágenes; hasta para pensar en algo abstracto como la eternidad, usted piensa en un cielo vasto y sin nubes. Es decir, siempre hay una imagen.

Después que usted vio la imagen intenta expresarla en palabras, organiza el pensamiento en una secuencia lógica y, entonces, es manifestado entre los hombres a través de palabras, que pueden elevar o destruir. Sin embargo, el proceso siempre es el mismo.

Esta es la diferencia de que un crimen sea doloso y culposo. Dentro de la tradición budista el "Verbo" se expresa en los mantras, "el sonido de la vacuidad", el que muchos "eruditos" occidentales piensan se trata de fórmulas mágicas.

En la realidad, el mantra es la expresión de una actividad espiritual, que surge de un profundo conocimiento del método a ser empleado y de los efectos deseados.

Ellos muchas veces son acompañados por el sonido físico, sin embargo, ésta no es la condición sine qua non para que el mantra funcione. El mantra es un sonido espiritual, no es percibido por el oído humano y sí por el practicante en su corazón. No puede ser expresado por la boca y sí por la mente. Nuevamente establecemos la relación con “El verbo es uno con Dios”, o con el Logos o la Mente. Entonces estas palabras del Apóstol pueden tener más sentido, relacionado a lo que es esta Mente. En la tradición budista, su nombre (cuando es desprovista del aspecto temporal y humano) es Dharmakaya. Dharmakaya no es en sí misma un estado relacionado a las nociones de ignorancia o sabiduría. Se trata de algo original, que espontáneamente antecede a estas nociones. De hecho, Dharmakaya (Dios) es en sí misma anterior a cualquier dualidad conceptual corrompida por emociones o nociones confusas. Dentro de la esfera humana es el propio espíritu de Dios en nosotros que está siempre presente, a pesar de que nuestra vida esté inmersa en un profundo caos.

Por eso aún se puede afirmar, que Dharmakaya está por sobre la propia mente del pensamiento. En este contexto Dharmakaya trasciende cualquier proceso de experiencia, cualquier atributo, ya que está por sobre cualquier tipo de condicionamiento, sea positivo o negativo; siendo el fundamento de la propia conciencia, consciente de sí misma, siempre existente y llena de bienaventuranza. En el Dharmakaya, el concepto de Cielo (liberación) o infierno (esclavitud) no tiene fundamento y no puede ser aplicado. Como un aspecto no originado e inextinguible, Dharmakaya se encuentra siempre presente en todo momento y en todo lugar, no puede ser conocido.

Solamente puede ser reconocido por la propia experiencia del

santo místico, cuando en retiro profundo, él quiere llegar al centro de su propio ser (en la tradición cristiana, un ejemplo vivo de este reconocimiento se encuentra en la vida de Francisco de Asís).

Dharmakaya no está limitada ni por las circunstancias ni por los conceptos de espacio y tiempo. Tampoco sufre mutación alguna, ya que es previa a cualquier mutación, y en sí misma está el absoluto. En este sentido, Dharmakaya va muy por encima de cualquier realización, carece de definición; aunque se defina por su propia pureza primordial. Dharmakaya es el sustrato de todo fenómeno manifiesto y de todo ser sensible; haya en él tendencias divinas o demoníacas.

Concluyendo, Dharmakaya es todo cuanto existe y al mismo tiempo está muy por encima de todo lo existente. Repitiendo a San Juan: “En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio junto a Dios.” ***“En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres”***. La vida espiritual que nos anima no es diferente de la mente o del espíritu. De hecho, busque el significado de la palabra *espíritus*, y podrá observar que quiere decir “soplo divino”, o soplo vital. Este soplo vital es aquel que se manifiesta a través de todas nuestras actitudes y palabras en nuestra vida. También este soplo vital puede ser visto a través de nuestros ojos, por este motivo en la tradición china, tibetana, mongol, japonesa y prácticamente en el Occidente antiguo; las personas observaban si alguien tenía o no valor por el simple hecho de la fuerza de su mirada. Hoy asusta encontrara personas con las miradas vacías, sin expresión alguna. Recordemos que la luz interna de los hombres (la fuerza de su espíritu) tiene su correspondencia con el brillo en sus ojos. Por este motivo, tanto en el Oriente como en las tradiciones occidentales antiguas, era con sólo mirar a los ojos de las personas, como se podía conocer la fuerza de sus actos y de su vida. La luz de los Hombres Santos, la cual es

pintada siempre alrededor de su cabeza, es esa luz que permea todo su cuerpo físico. Aún existen Maestros y místicos que no necesitan de bombillas para mirar en la oscuridad, la luz emitida por su propio cuerpo es suficiente.

Dentro de la tradición budista, esta vida de luz está representada por el Cuerpo de deleite, o Sambhogakaya (samboga = deleite, kaya = cuerpo). En el Sambhogakaya todos los sonidos del universo reverberan en sus verdaderos significados, es la palabra y al mismo tiempo la fuerza de la palabra; es el placer y al mismo tiempo la felicidad que él causa. En términos de habla humana, la vibración primordial, el verbo evolucionó en las sílabas del alfabeto sánscrito, una de las tres lenguas sagradas.

Lo que caracteriza a una lengua para ser sagrada, es la capacidad de ella para crear combinaciones infinitas. En la Humanidad encontramos solamente tres lenguas que poseen esta característica: La china, que guarda en sí todas las ideas posibles que un ser humano puede concebir; la hebraica, porque en ella está contenido el número en su expresión más pura; y la sánscrita, porque en ella está guardado el sonido primordial del universo.

Anteriormente hablé de los mantras. Ellos surgieron por las actividades de los Hombres Santos de la India quienes observaron el cuerpo sutil del ser humano y sus canales (lo que hoy la Medicina china llama de meridianos). Se trata, así, del receptáculo por donde circula la energía Divina o Espíritu Santo. Se descubrió que estos canales de energía tienen un sonido o vibración y, en cada extremidad de los mismos, un dibujo. Pues bien, la forma de las letras del alfabeto sánscrito y su sonido, el cual el ser humano intenta expresar a través de los cantos de los mantras, tiene esta percepción iluminada como causa. En sánscrito estas letras son conocidas como

imperecederas, siendo ellas las semillas de todos los fenómenos, sean éstos físicos o mentales.

En la religión católica, quien comprendía esto era San Gregorio, creador del Canto Gregoriano.

Continuando con el Sambhogakaya, este cuerpo es conocido como el “cuerpo de la verdad inmutable”, ya que dentro del contexto cristiano es el propio Espíritu de Dios quien respira en su creación, por lo cual bajo ninguna óptica puede sufrir mutación o estar sujeta al tiempo y la corrupción. Él no es condicionado ni por el tiempo ni por el espacio, siempre en contacto permanente con la última realidad. Dentro de otro contexto, Sambhogakaya es un vehículo de comunicación: Es la palabra y al mismo tiempo la luz de los hombres, ya que para que existamos, necesitamos comunicarnos. Es a través de este cuerpo que podemos comprender todas las enseñanzas, desde las más rudimentarias hasta las más sutiles y espirituales.

Sambhogakaya es la absoluta liberación del deseo vergonzoso, incluyendo el deseo de poder que caracteriza a cualquier ser humano, como el de buscar poderes extra-sensoriales con finalidades completamente egoístas. Este cuerpo de luz es lo que Jesús manifiesta después de su crucifixión, por eso sus discípulos lo observaban envuelto en una radiante luz que ofuscaba a sus ojos. Solamente una mente completamente purificada de la conceptualización dualista, puede percibir este cuerpo. Por este motivo encontramos en todas las narraciones místicas a los Maestros siempre envueltos en sus halos luminosos, característica de los Hombres Santos de todas las épocas. Se define Sambhogakaya por su insustancialidad, es decir la carencia de la existencia concreta, sin embargo, también es definida como la compasión infinita dirigida a todos los seres, estando siempre presente. En otro contexto, la realización del Sambhogakaya aumenta y purifica la capacidad comunicativa, perfeccionando la utilización de la palabra, y paralelamente, se

integran y potencian todas las aptitudes cognitivas y el proceso del pensamiento.

En el Sambogakaya encontramos la comprensión profunda de este aspecto, que estimula la fuerza motora de la acción, siempre constante y dirigida a conseguir el beneficio para todos los seres. Y, por último, tenemos el Cuerpo de Cristo, que en la tradición budista es el Nirmanakaya, o sea, aquel cuerpo físico que posibilita un contacto personal y efectivo con los discípulos (es decir, todo cuerpo físico posibilita el tener un contacto directo con la otra persona; sin este cuerpo sería imposible que las personas aprendiesen alguna cosa de un Maestro).

Básicamente, Nirmanakaya quiere decir cuerpo puro, no manchado por el pecado, no surgido por la pasión y sí por la compasión.

Este principio de la materialidad, también se manifiesta por las Escrituras, lo que tiene el mismo sentido tanto para cristianos, musulmanes y budistas.

Es decir, el Verbo se transforma en palabra revestida de un lenguaje particular, lo que posibilita que los seres comprendan y sean estimulados a vivir de la misma forma que sus Maestros. La palabra se manifiesta en cuerpo físico, ya que sin esta manifestación no sería posible cualquier contacto humano.

Por este motivo, tanto en los textos de San Pablo Apóstol como en el budismo, se habla de la preciosidad del cuerpo humano, el cual nos confiere la capacidad de que vivamos en un infierno continuo o de hacernos santos. A través de los íconos específicos como las imágenes sagradas, objetos religiosos, reliquias de los Santos Maestros, textos litúrgicos, y del aspecto del cuerpo sagrado (Nirmanakaya); se puede entrar en contacto directo con los discípulos y establecer así un vínculo devocional, tan necesario para desandar un camino espiritual.

En la presencia de su Maestro, San Juan percibe la preciosidad de estar al lado del cuerpo de Jesús, quien es la expresión física

del Poder Espiritual. Esta comprensión lo lleva a exclamar que “Quien acepta a Jesús tiene la vida eterna, y quien lo niega ya está condenado”. Él experimenta todo el poder divino simplemente estando cerca y siguiendo a su Maestro. Tal es la importancia de la presencia física. Esta expresión física de la Divinidad es tan poderosa, que solamente tocando la sombra de Jesús o Buda las personas se curaban; mirando hacia su rostro las personas olvidaban sus vidas por completo, abandonando todos sus quehaceres para poder vivir al lado y bajo los cuidados del Maestro.

---

*Hubo un hombre enviado por Dios cuyo nombre era Juan. Entonces, él dijo: “Yo soy la voz del que clama en el desierto. Prosigan en el camino del Señor”, tal como lo había dicho el profeta Isaías. “Al día siguiente, vio Juan a Jesús, que venía hacia él, y dijo: ¡He ahí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo! “Y Juan testificó, diciendo: “Vi el Espíritu descender del cielo como paloma y posarse sobre él. Yo no lo conocía a aquél, sin embargo, fue el quien me envió a bautizar con agua y me dijo: Aquél sobre quien veas descender y posar al Espíritu, ese es el que bautiza con el Espíritu Santo. Pues yo, de hecho, vi y he testificado que él es el Hijo de Dios.” (Juan 1:6, 23, 29, 32-34).*

*Bautizado Jesús, salió inmediatamente del agua, y he ahí que se le abrieron los cielos, y vio al Espíritu de Dios desciendo como paloma, viniendo sobre él. Y he ahí una voz de los cielos, que decía: “Este es mi Hijo amado, en quien me complazco” (Mateo 3:16, 17).*

Todos los santos y profetas son manifestaciones de Dios, no importa a que religión ellos pertenezcan. Todos los hombres buenos son hombres enviados por Dios. Todo ser humano que

se niega a ser destruido por el materialismo capitalista, según el cual el ser humano es simplemente considerado un descendiente del mono o un pedazo de carne; es un hombre enviado por Dios. Todo aquél que se sacrifica para ayudar a los seres menos favorecidos, es un hombre enviado por Dios. También son enviados por Dios, todos los que buscan de forma incansable la verdad y la luz, dentro del desierto donde impera la oscuridad y la muerte.

El desierto es el valle de la muerte, donde la vida no fructifica. En la tradición Vajrayana del budismo, el “desierto” es llamado “cementerio”, por donde el hombre iluminado tiene que caminar a fin de rescatar a “los muertos vivos”.

Parece una película de terror, sin embargo, es la pura realidad. Cuando un ser humano dedica toda su vida solamente a trabajar como un esclavo para sostener sus caprichos y antojos, es considerado un muerto con conciencia. Él tiene conciencia de su mundo, sin embargo, no entiende a su mundo; él es coaccionado a actuar, hablar, realizar sus tareas como uno zombi. Vive sin sentido, y con menos sentido aún él muere; y después de muerto, deambula por los lugares en los que vivió, para después también olvidarse y entrar nuevamente en la oscuridad. Retorna y comienza todo nuevamente *and infinitum*, hasta que la luz y la compasión de los Hombres Santos lo toquen de alguna forma, entonces con mucho esfuerzo él tendrá que transmutarse rumbo a la luz, tendrá que salir de su cueva, de la oscuridad que siempre lo acogió y tendrá que mirar con sus propios ojos la miseria en la que siempre vivió. Hoy en día, más que nunca, forma parte de este desierto toda la masa de informaciones, todos los llamamientos del más media para satisfacer los sentidos de forma inmediata, la falta de cultura generalizada, y la falta de ética, donde la experiencia vale más que la Sabiduría.

Cada día los seres humanos son más y más brutalizados por los

medios de información y de propaganda; también por los espectáculos de televisión, en los cuales las relaciones humanas son completamente banalizadas, llegando a la grosería más estúpida.

La voz que clama es la voz que surge del interior de los seres humanos que sufren atentados de bombas todos los días. Es la voz de los pueblos que mueren de hambre, no por falta de comida, sino porque ellos son eliminados silenciosamente por la burocracia de los gobiernos, entidades de ayuda que se aprovechan de la desgracia de parte de la población para juntar dinero y guardarlo en sus cuentas secretas. Existe una masacre silenciosa de estos pueblos, que se llama abandono.

Se pide a los cuatro vientos por la donación de comida, ropa, remedios y agua; sin embargo, estos nunca llegan a su destino, el cual es la boca de los hambrientos. Vean lo que aconteció en Haití; en el país vecino se confiscaba la comida para que ella fuera llevada por taxis particulares a precios exorbitantes. Vean la hipocresía que envuelve las relaciones de Israel y los palestinos; son países que se valen de los menos favorecidos para imponer su política de terror.

Ninguno de los dos lados quiere una solución para paliar el sufrimiento de los desesperados. Los dos se valen de conceptos rebuscados para culparse uno a otro, en una retórica sin fin. Sin embargo, no se alimenta a los hambrientos con retórica ni con promesas, mientras la comida se pudre o es quemada premeditadamente.

Ellos crean comisiones parlamentarias para saber quién se queda con cada pedazo de tierra. Mientras eso ocurre, los pobres palestinos siguen muriendo de hambre o siendo masacrados por el ejército israelita.

La voz que clama en el desierto, es la voz de todos aquéllos que pierden sus casas humildes construidas en los barrancos de los países latinoamericanos y, claro, en Brasil, ofrecidas por los

políticos en pago de votos. Ahora que la naturaleza está cambiando, fue creada la industria de la desgracia. El propio político que entregó sin ningún criterio estas tierras, se aprovecha de la desesperación ajena para pedir dinero al gobierno federal, aumentando los costos de la desgracia, para beneficiarse ellos mismos quienes se embolsan sus millones y no entregan nuevas viviendas a los flagelados. Hace más de tres años que aquéllos que perdieron sus casas en Santa Catarina, aún están esperando la ayuda prometida.

La voz que clama en el desierto, es la voz de millones de ancianos que en el fin de sus vidas no tienen un salario digno, ni siquiera para comprar sus remedios básicos. La voz que clama en el desierto, es la voz de los miles de inocentes que están padeciendo en las cárceles de la América Latina y del mundo, y que por falta de recursos se hacen chivos expiatorios de los verdaderos criminales, quienes están libres. La lista es interminable.

***“El día siguiente, vio Juan a Jesús, que venía hacia él, y dijo: He ahí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”***

¿Por qué el Cordero? Porque él es uno de los pocos animales que se entrega sin reserva a su propio matador, con toda la bondad e inocencia. El cordero representa al Hombre Santo, aquél que realizó la divinidad en sí, aunque siendo pura compasión y mancillado no deja entrever ningún trazo de maldad en el corazón y, además de eso, aprovecha la oportunidad para bendecir a aquél que tanto lo hace sufrir.

¿Qué es quitar los pecados del mundo? Aquí tenemos que hacer un paréntesis, para entender la palabra “mundo”.

El común de la gente que se autoproclaman como grandes concedores de la Biblia, y que gritan a los cuatro vientos su

“sabiduría”; conoce poco o nada de las lenguas en las que los profetas, los apóstoles y hasta el propio Jesús hablaban. Ellos leen en portugués una Biblia toda permeada por interpretaciones neuróticas y casuales, y fingen ostentar una pretendida sabiduría. Entonces, ellos interpretan la palabra “mundo” desde el punto de vista del pensamiento ordinario, utilizado en nuestro día a día, cuando al referirse al mundo lo asocian al planeta Tierra. Sin embargo, los pueblos que vivían hace dos mil años o más, cuando utilizaban esta palabra, no estaban refiriéndose al planeta Tierra, sino al “cuerpo humano” o a la “vida humana”.

Para los budistas este “mundo”, además de remitir al “cuerpo humano”, también significa “conciencia”. Entonces cuando leemos “quitar los pecados del mundo”, podemos pensar que el Apóstol no estaba refiriéndose al planeta sino a las personas, o a su propia conciencia. Es decir, Jesús viene a este mundo como un ser compasivo, para guiarnos en quitar los pecados de nuestro propio mundo, o conciencia.

También la palabra “pecado” hoy tiene una connotación estrictamente emocional, o ético-moral. Si bien, incluso en este abordaje, los pecados se refieren a todos nuestros hábitos y condicionamientos mentales que nos inducen a pensar, a hablar y a actuar contra nuestro espíritu. Dentro de este contexto, de acuerdo con la tradición Mahayana del budismo, existe un entrenamiento conocido como “los 8 puntos de la transformación de la mente”, donde el punto a ser descubierto y realizado es la compasión insostenible, que llena nuestra mente con el amor universal, el cual nos motiva a actuar en su beneficio. Llenar nuestra mente con la compasión es transformar y remover las causas emocionales y mentales que nos obligan a vivir en el pecado. Examinándonos más precisamente, vemos que en nuestra conciencia tenemos que generar dos anhelos: